

SUSCRIBIRSE.  
Cartagena despacho de  
Montells.  
Cartagena, corresponsales  
A. Saavedra.

# ELECO DE CARTAGENA.

PRECIOS  
Cartagena un mes 2 pesetas  
trimestre 6 id. Por via  
cias 7-50. Anuncios y co-  
municados á precios con-  
vencionales.

AÑO XXI.—NÚM. 6020

5 DE JULIO DE 1881.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.  
Martes 5 de Julio de 1881.

## LA TRIBU DE LOS ULED-SIDI-CHEIKH Y LAS RAZZIAS.

—0—  
gran tribu de los Uled Sidi-  
ch, culpable de todos los hurro-  
que han tenido lugar en los es-  
des de Saida, no es una tribu  
era propiamente hablando, si  
religiosa, algo así como una  
acion de sacerdotes á caba-

una tribu de morabitos (de-  
bd-el-Kader al general Dumas  
scribirle la organizacion dada  
á la parte árabe de la Arge-  
me correspondia protegerla.»  
ene unos mil quinientos caba-  
sirve en el desierto de Sahara  
s confines de la provincia de

la obra escrita por el general  
mas, con el título «Los caballos  
Sahara, y las costumbres del De-  
» vamos á extraer algunos  
afos referentes á las razzias, ó  
rsiones, de las tribus saharien-

las nómadas del Sahara no es-  
directamente sujetos á nuestra  
acion y por esta causa con-  
an las costumbres aventureras  
licosas de sus antepasados. El  
lense es el prototipo del ár-  
africano y mira con desden á los  
es que habitan en el Tell.

pesar de la falta de gobierno  
tribus del Sahara tienen, además  
unidad de creencia, las tradi-  
es, los usos y las reglas que cons-  
en una sociedad más íntima,  
dad que existe en ellas sin leyes  
principios escritos—lo cual no  
de decir sin leyes ni principios  
tados. Al contrario; en un pue-  
que lo mismo las fracciones  
sus individualidades toman de  
medios violentos una sancion  
no pueden esperar de un códi-  
regular, para asegurar sus dere-  
y reparar sus agravios, se ha  
nado un código, un conjunto de  
ombres tradicionales á las que  
que someterse, sopena de que-  
fuera de la ley entre los que vi-

fuera de la ley »  
Preciso es decir que este código  
ni más ni menos que la regla-  
acion del bandolerismo, pero  
para evitar—después de dado  
pe—las disputas entre herma-  
nigos, ó asociados. Está ade-  
sancionado por la religion, á la  
e invocan los árabes en tales ca-  
como nosotros invocamos al  
de las batallas.»  
Seria fácil explicar y excusar es-  
costumbres por su analogia con  
época de nuestra historia en

que los excesos de la fuerza no ex-  
cluian algunas prácticas de devo-  
cion, de valor y de cortesía.»

«La caballería, en la acepcion  
completa de la palabra, con todas  
sus aventuras; esa es la vida nor-  
mal del árabe del desierto—enti-  
diendo por tal el árabe noble, el se-  
ñor ó dueño de la tienda.»

«El hecho más frecuente y casi  
diario de la vida árabe es la razzia.  
En el Sahara, como en todas partes,  
setiene en mucho la gloria, pero  
alli la gloria consiste en hacer daño  
al enemigo y quitarle todos los re-  
cursos. El deseo de venganza es  
tambien un móvil; pero ¿dónde hay  
mejor venganza que enriquecerse  
con los despojos del enemigo?»

Esta triple necesidad de gloria, de  
venganza y de saqueo no podia en-  
contrar para satisfacerse un proce-  
dimiento más expeditivo ni más efi-  
caz que la razzia [incursion], inva-  
sion por la fuerza, ó por la astucia,  
del sitio ocupado por el enemigo y  
donde éste tiene su familia y su for-  
tuna.»

«Hay tres clases de razzias: 1.ª La  
téhha ó sea la caída que se hace al  
amanecer. En una téhha no se vá á  
saquear, si no á matar 2.ª La Khro  
tefa que se verifica por la tarde y  
tiene por objeto el robo de camellos.  
3.ª La terbiga que se reduce á lle-  
varse caballos ó yeguas de los adua-  
res y se hace á media noche.»

«Resuelta una razzia, los que de-  
ben tomar parte en ella se dicen  
unos á otros: «Rana akeud» somos  
un nudo. Está formada la asociacion  
y hecho al pacto.»

«Cuando se ha proyectado una  
téhha, el cheikh jefe de la tribu dá  
la órden de herrar los caballos, de  
preparar los viveres y de hacer pro-  
vision de cobada para 5 ó 6 días.

Antes de ponerse en marcha se  
mandan dos ó tres parejas de ginetes  
á reconocer el campamento de la tri-  
bu enemiga, sobre la cual se cae al  
amanecer, porque es la hora en que  
se encuentra «á la mujer sin faja y  
á la yegua sin brida.» Los jefes diri-  
gen á su gente una alocucion enér-  
gica: «Tened cuidado; que á ninguno de  
vosotros se le ocurra desnudar mu-  
jeres, llevarse caballos, entrar en las  
tiendas, ó echar pié á tierra para sa-  
quear hasta que haya matado mu-  
cho. No deis cuartel... ¡matad! ¡ma-  
tad!... si quereis al mismo tiempo  
la venganza y los bienes del ene-  
migo.»

«Estas razzias son casi siempre  
matanzas espantosas. A las mujeres  
se les perdona la vida, pero se las  
deja desnudas.»

«Si hay tiempo, los vencedores  
se llevan las tiendas, los negros, los  
caballos, los rebaños, etc, abando-  
nando las mujeres y los niños.»

«De vuelta en el aduar los expedi-  
cionarios se reparten los rebaños y

todo el botin hecho sin riesgo de la  
vida, dando además al cheikh 30 ó  
40 ovejas, ó tres ó cuatro camellas  
y una gratificacion especial á los ex-  
ploradores.»

«Antes de acometer una empresa  
de este género, cada tribu se pone  
bajo la proteccion de un morabito  
(marabaut) á quien suele dirigirse  
en las ocasiones críticas.» (Como si  
dijéramos el santo de su devocion.)

«El buen resultado de una razzia  
se celebra con grandes festejos, en  
cada tiempo se prepara una ouadáu  
(fiesta) para honrar á los morabitos,  
convidándose á los pobres, á los tol-  
bas (tetrados,) á las viudas, á los he-  
rradores y á los negros libres.»

«La téhha se hace, por lo general,  
con quinientos ó seiscientos caba-  
llos.»

Después de describir detallada-  
mente las otras dos clases de razzias,  
y las diferentes estratagemas que  
emplean los árabes del Sahara para  
robar caballos, camellos y carneros,  
el general Dumas dá detalles muy  
curiosos acerca de la caza del aves-  
truz, de la gacela, de la pantera y  
del leon, de las cacerías con halcon  
y de las guerras entre las tribus, y  
en un capítulo con el epígrafe de «Ge-  
neralidades del desierto,» dice, entre  
otras cosas, lo siguiente.

«Una de las cosas que más me  
han llamado la atencion es la anolo-  
gia de la vida del Desierto con la vi-  
da de la edad media, la semejanza  
que existe entre el jinete del Sahara  
y el caballero de nuestras leyendas  
y de nuestras crónicas.»

«El árabe nómada del Sahara, s-  
es rico y de familia distinguida, no  
trabaja. No hace más que cazar, pa-  
sarse á caballo, rezar, etc. Hasta los  
pobres desdeñan el trabajo manual,  
dejando que lo hagan los esclavos ne-  
gros. Solo hay una escepcion, y es  
la de los herradores, que forman una  
especie de gremio con muchos pri-  
vilegios. De lo que más se enorgulle-  
ce el hombre del desierto es de su in-  
dependencia, porque no tiene sul-  
tan, ni nadie que le mande. El jefe  
de la tribu administra y hace jus-  
ticia.»

«El árabe del Sahara es hospitala-  
rio y caritativo. De esa hospitalidad  
y esas limosnas viven toda su vida  
los dervises, especies de frailes men-  
dicantes por el estilo de los de nues-  
tra edad media.»

### ESTESIÓGENOS.

Recientemente han recibido este  
nombre los agentes que devuelven  
á la piel la sensibilidad perdida.

Conocidos son los estados en que  
el tacto externo disminuye ó desapa-  
rece. En locos é idiotas se advierte  
á veces la más perfecta insensibili-  
dad á golpes y heridas. Los márti-  
res de todas las religiones sufren los

más crueles suplicios con la mayor  
indiferencia. Ciertos dementes pue-  
den quemarse sin percibir ni dar la  
más mínima señal de dolor. Hay to-  
davía frailes que visten silicio y se  
administran rócios azotes. En la Sal-  
petriere habia hace pocos años una  
imbécil que se dedicaba sin cesar á  
darse palmetazos sobre las uñas reu-  
nidas. En la edad media un devoto  
dominico, llamado el «Santo de cue-  
ro,» llegó á convertir su cubierta  
cutánea en puro callo, á causa de re-  
galarla con 40.000 disciplinazos dia-  
rios, enderezados á rescatar sus pe-  
cados. Esquirol cuenta el caso de un  
idiota que se entretuvo en desollarse  
la mejilla llegando á perforarla. El  
fanatismo de algunos religiosos mu-  
sulmanes embota su sensibilidad has-  
ta el punto de que en ciertas cere-  
monias sagradas comen higos chum-  
bos sin sentir las espinas; lamen  
otros hierros al calor rojo; se dejan  
algunos sajar la piel, y los más misti-  
cos permitense les apalee hasta per-  
der el sentido, creyendo aplacar así  
la cólera divina.

Al lado de los locos podemos co-  
locar en la fila de insensatos á los  
ébrios. El alcohol y el cloroformo  
producen la anestesia. Los horra-  
chos crónicos caen de bruces sobre  
el empedrado como si fuese una ca-  
ma de pluma; en el estupor alcohó-  
lico se les puede pinchar ó atravesar  
un brazo en plena insensibilidad.

Las sales de plomo, las aplopejías  
la epilepsia y el histerismo produ-  
cen efectos parecidos. Las brujas,  
tenidas hoy por histéricas, se deja-  
ban quemar en la hoguera inquisi-  
torial ántes que negar sus relaciones  
con Satanás. Actualmente pode-  
mos atravesarles con una aguja un  
brazo, sin que exhelen un quejido  
Este era el medio empleado para  
conocer su echiceria. Regularmente  
la insensibilidad suele ser ó en un  
solo lado del cuerpo, ó en la mitad  
inferior. Rara vez es total. En las  
histéricas se observan las más ex-  
trañas desviaciones de la sensibili-  
dad; oyen algunas á grandes distan-  
cias, ven como por doble vista en la  
oscuridad y á través de lo opaco,  
perciben algunas, como por vision  
interna, sus entrañas; y en cambio  
su piel inanimada permite todo gé-  
nero de martirios.

Locos, mártires, idiotas, fanáti-  
cos, ébrios, epilépticos é histéricas su-  
fren todos ellos esa derivacion de la  
sensibilidad, amortiguada en un pun-  
to, exagerado en otro. Tambien pue-  
den militar, en estas filas, los asesi-  
nos crónicos, cuya insensibilidad  
moral es harto conocida aun por el  
vulgo mismo, cuando les clasifica  
entre los seres sin entrañas.

Para corregir estos estados anor-  
males, sirven quizás más que nin-  
gun otro medio los agentes estesió-  
genos. Burq, y antes que él los char-